

JORGE LUIS BORGES Y LA IMAGEN SECRETA DE BUENOS AIRES

Graciela E. Tissera
Clemson University

Esencialmente poeta, Jorge Luis Borges se compromete en la búsqueda de respuestas últimas que delinean una teoría del conocimiento. La ciudad de Buenos Aires es el eje estructurador de esta teoría que enlaza el mundo interior del poeta con lo trascendente. A través de su poesía, Borges parte del descubrimiento del propio ser para lograr una íntima relación con la ciudad y el cosmos en un intercambio activo que conduzca a la celebración de las cosas como parte de una trama universal. El poeta ha perfilado una visión filosófica en relación con su ciudad para transitar un laberinto de sueños y memoria que multiplique su propia imagen.

El alma de Buenos Aires

Borges ha manifestado en numerosas oportunidades que se había propuesto, como joven poeta, ser argentino sin darse cuenta de que ya lo era.¹ Su poesía de juventud incluye la ciudad de Buenos Aires como una totalidad que vive y respira en sus monumentos e historia. Es en sí la extensión de la pampa que se fue transformando paulatinamente en grupos dispersos de caseríos; pero la ciudad es también sus cualidades, sus accesorios que la guardan en la memoria, convirtiéndola en algo personal y nostálgico, una síntesis de mitos y ensoñaciones más que una realidad presente.

El arrabal es una de las primeras imágenes que representan a la ciudad de Buenos Aires que es fundamentalmente la ciudad del pasado de casas bajas mirando la pampa. Los atardeceres aparecen ligados a esta imagen creando un sentimiento particular de nostalgia. Borges ha buscado distintos elementos para asociar con el Sur, algo que lo

¹ Véase el Prólogo de *Luna de enfrente* en *Obras Completas*.

nombre, que abra una visión completa no sólo del paisaje sino del sentimiento de una tradición. Los patios reflejan esta idea de lo entrañable con las baldosas geométricas, el aljibe y las plantas. La imagen se quintaesencia en el poema “La lluvia” de la colección *El hacedor*:² “Esta lluvia que ciega los cristales / Alegrará en perdidos arrabales / Las negras uvas de una parra en cierto / Patio que ya no existe”. Con los adjetivos “perdidos” y “cierto” el lector percibe la emoción de una vida típica del arrabal. Dos tiempos se superponen con la afirmación “alegrará” y la negación “ya no existe” para reconstruir el patio, la casa y el barrio a través de las uvas de la parra bajo la lluvia. La imagen se abre para mostrar el todo partiendo de un componente.

La calle es otro elemento del arrabal que retrotrae no sólo al tiempo pretérito y perdido sino a un momento eterno. La calle elemental conduce a las casas bajas del sur, a la noche mal iluminada de las esquinas con almacén donde el color rosa de las paredes crea una distinción al teñir la barreada, idea que se acentúa con los atardeceres: “Y sólo a vos te siento, calle quieta y rosada” (“Calle con almacén rosado”, *Obra Poética*, 67). El color sirve para anar los otros elementos y darles una unidad distintiva e intrínseca. El rosado abre otras posibilidades como las esquinas con luz de farol y música de milonga que albergan las historias de los guapos que Borges immortalizara en el cuento “Hombre de la esquina rosada”. Los barrios sirven de pretexto para integrarse en la vida del bajo y sus actividades constituyendo la intrahistoria que sobrevive en la tradición oral.

La inmortalidad del Ser

Es en la carga emotiva que la ciudad despierta, que el poeta se enfrenta a un tiempo único. El concepto de tiempo eterno se define desde la perspectiva de Borges a través de una experiencia personal

² Véase *Obras Completas*, 821. *El hacedor*, publicado en 1960, marca el comienzo de la segunda etapa poética de Borges después de un lapso dedicado a la prosa, de acuerdo con Guillermo Sucre en *Borges, el poeta*.

publicada en *El idioma de los argentinos*³ (1928) y reproducida en el ensayo “Historia de la eternidad” (*Historia de la eternidad*, 1936) para ser más tarde reiterada en “Nueva refutación del tiempo” (*Otras Inquisiciones*, 1952). El texto de “Sentirse en muerte” ejemplifica el concepto de que la ruptura del tiempo continuo sólo se puede realizar a través de sensaciones; en la magia de la emoción causada frente a la percepción de un objeto entrañable, el tiempo se disuelve. El suburbio de Buenos Aires provoca una carga emocional de recuerdos que se recuperan en la historia argentina para crear un tiempo único: “Me sentí muerto, me sentí percibidor abstracto del mundo: indefinido temor imbuido de ciencia que es la mejor claridad de la metafísica” (*Obras Completas*, 365). La inmortalidad surge de la continuación de un tiempo que no se puede dividir sin destruirse y que en consecuencia es uno solo, no sucesivo y agregado sino ininterrumpido en su extensión. La experiencia vivida en el arrabal hace que el poeta concluya que el lugar es el mismo de mil ochocientos, no parecido ni equivalente sino exactamente el mismo sin transcurso temporal. Pero este momento es producto del instante, de una magia y una sensación que no durarán. El sujeto es aquí observador exterior, no participante, y como observador se le ha permitido captar una imagen refractada del tiempo detenido. Si esta imagen puede ser percibida y sentida, la conclusión lógica es que debe haber una manera de habitar en esta eternidad porque la vida debiera tener un significado en sí misma. La riqueza debe residir entonces en una permanencia contundente, en una trascendencia.

La experiencia se podría definir entonces, como la revitalización de un acto fuera del tiempo, concepto aplicado al mito. Ésta es la eternidad que Borges reconoce: los patios con baldosas desiguales y las parras negras que constituyen su ciudad aunada en la figura de los que la forjaron. El poeta reúne perfectamente la visión de los antepasados con la ciudad y su Ser: Borges, arrabal, historia, es un conjunto que se podría definir por un solo nombre, pero que, a falta de ese nombre pues el lenguaje es sucesivo, se va a enunciar en forma

³ Borges se negó a reeditar este libro. El texto “Sentirse en muerte” se destaca pues pone de manifiesto la importancia de Buenos Aires en la búsqueda metafísica del autor.

HPR/29

continua. Una realidad conduce a otra, convirtiendo las realidades del tiempo en una, para proyectarse de allí nuevamente al infinito: las calles unánimes perfilan un corredor hacia lo eterno. Este juego de realidad e irrealidad se materializa por medio del sueño. La realidad de la carne presente, el sueño de la eternidad. Estos dos conceptos opuestos se entrecruzan para revelarse mutuamente, y es desde la condición humana que se presiente esa otra condición. Momentánea y reiterada, esta eternidad se perfila por el sentir. El punto detonante es la identificación de los constitutivos esenciales del Ser. La eternidad constante es parte del sujeto que sólo puede intuirlo a través del instante y a causa de que el instante vuelve una y otra vez.

La inmortalidad aquí postulada se basa en la memoria que Borges considera como estructuradora de la vida pues brinda al sujeto un eje alrededor del cual fortalecerse. Cada momento vivido recuerda a otro por medio de los procesos propios de la memoria que relaciona objetos o hechos por la semejanza, oposición y contigüidad. Si los hechos pueden ser revividos de esta manera, entonces son los mismos con algunas diferencias circunstanciales de énfasis, de luz o de estado fisiológico, cuyo número es finito:

- 1) La percepción de la Recoleta provoca el recuerdo del padre.
- 2) Caminar por los arrabales en la noche lleva a la reflexión que la noche es agradable porque suprime los detalles ociosos.
- 3) Lamentar la pérdida de un amor o una amistad conduce a la meditación que sólo se pierde lo que no se ha tenido.
- 4) Atravesar las esquinas del Sur es pensar en una mujer llamada Helena.
- 5) El olor a eucaliptos revive la niñez en Adrogué.
- 6) Leer a Heráclito es entender que el río condicionado por el tiempo es otro y que el hombre es otro, lo que concede la ilusión de haber inventado el concepto.

La vida entera del poeta se resume en la niñez, los antepasados, el Sur, la noche, las pérdidas y la metafísica. Se connota que las experiencias mencionadas constituyen a Borges, el individuo, y que pueden ocurrir a nivel universal en un solo instante de tiempo. El reconocimiento de la identidad es así, decisivo, porque a través de esa identidad y sus particulares experiencias se puede acceder a ciertos

HPR/30

estados de suspensión emocional donde el fluir temporal cesa y el sujeto puede experimentar una separación de la existencia cotidiana. Sin embargo, esos instantes contados en tiempo son fracciones ínfimas que en la conciencia no se registran como sucesivas sino como totalizantes. Borges descubre ciertas maneras de suspender el tiempo en la conciencia o, si se quiere, de acceder a la eternidad cósmica. La contradicción es que no puede habitar en el no-tiempo con las limitaciones de la naturaleza humana. Borges ha enfrentado la indescifrable problemática de negar el tiempo, al otorgarle a este concepto humano las cualidades de su opuesto metafísico, la eternidad. Sin embargo, presenta en su obra los medios por los cuales el hombre puede acceder a lo absoluto:

1) Las emociones personales producidas ante la percepción de objetos o realización de actos que provocan relaciones en la mente del sujeto y en consecuencia, una respuesta de tipo afectiva que lo lleva a experimentar un estado de éxtasis.

2) Los sueños proféticos donde se mezcla la irrealidad con la realidad y en los que el sujeto se libera de la materia y puede recrear estados mentales.

3) La muerte que significa la ausencia de materia y la persistencia de la memoria.

Estos estados presuponen una revelación postrera. La existencia tiene así una esperanza ilimitada que se fundamenta en las mismas posibilidades del Ser.

La revelación del destino

El sistema de relaciones que el sujeto ha construido necesita tener una proyección ya que la existencia material es precaria y no se pueden abarcar todos los aspectos de las cosas. La revelación borgeana será precisamente contemplar y ser parte de este sistema cosmogónico donde cada cosa ocupa un lugar y es a la vez otras, infinitas cosas. El poeta elige la imagen de la rosa para configurar la ciudad de Buenos Aires en intangibles círculos proteicos. La rosa es la revelación del destino como vemos en el poema "Página para recordar al coronel

Suárez, vencedor en Junín” de 1953:⁴ “En los atardeceres pensaría / que para él había florecido esa rosa: / la encarnada batalla de Junín, el instante infinito / en que las lanzas se tocaron, la orden que movió la batalla”. La sangrienta batalla de Junín y el antepasado del poeta estaban destinados a encontrarse para que ese hombre quedara en la memoria de las generaciones. Muy diferente al destino del propio Borges condenado a ser testigo y no partícipe de la defensa de la patria, como ya lo declarara el poeta en “La noche cíclica” de 1940: “Ahí está Buenos Aires. El tiempo que a los hombres / Trae el amor o el oro, a mí apenas me deja / Esta rosa apagada” (176). La flor, como la ciudad, debe mostrarse tal cual es: invisible a los ojos. La rosa es la idea de la rosa, el arquetipo primero que sobresale fundamentalmente en el sentimiento hacia los objetos: patios ajedrezados de tradiciones que perfilan el lazo familiar, la educación paterna, las espadas de la lucha, los libros en blanco. A través de este entorno se vislumbra a Borges el poeta. No hay un solo elemento que no se refiera a algo querido y secretamente perdido: las parras, los atardeceres, el aljibe, los antepasados.

Cada cosa o evento alcanza una dimensión inusitada porque Borges nos muestra cómo se entrelaza con lo universal y forma en sí algo único e intransferible. Es lo que nos hace ver a través de su poesía, que un atardecer es el atardecer, que una rosa es la rosa. La transfiguración arquetípica puede causar un efecto especial porque el poeta la relaciona primero con su experiencia inmediata, luego a experiencias de otros tiempos y lugares para finalmente destacar lo que se comparte y perdura. Esta ampliación de círculos concéntricos nace del sujeto en relación con el entorno y se eleva al plano metafísico a través de las potencias del espíritu: inteligencia, memoria y voluntad. Como filósofo, Borges aúna al hombre y al universo en un camino que se transfigura en una gran metáfora de la existencia: “En aquel Buenos Aires, que me dejó, yo sería un extraño. / Sé que los únicos paraísos no

⁴ El poema fue incluido en la colección *El otro, el mismo* (1964). Véase *Obra Poética* (186).

vedados al hombre son los paraísos perdidos”.⁵ En un orbe de formas variables, encadenado a un Destino o Azar, el poeta contempla caos y orden sin resolución. La vida está dentro de otro sueño que pertenece a su vez a un laberinto de sueños en un tiempo que se extiende al infinito y que no se puede medir. La ciudad es el bastión de la memoria, perdida y recobrada en el verso.

Omnipresente, “tan eterna como el agua y el aire” (“Fundación mítica de Buenos Aires”, *Obra poética*, 90), Buenos Aires es el hipocentro laberíntico, la vigilia y el sueño; conforma una ciudad internalizada que transita en la memoria. Es y seguirá siendo los patios con parras, las espadas de las batallas, el color rosa pálido. Su astronómica simetría entrelaza los juegos con el tiempo y el espacio en donde Borges se define como uno y múltiple. No es Borges sino la suma de los Borges, la sombra de sus sombras y más aún la sombra del arquetipo. En esta constitución de la sangre toma para sí la serenidad de su padre ante la muerte, el valor y el coraje de los Acevedo y los Suárez y los atardeceres del Sur. Mito, historia, sueños y memoria se entretejen y perfilan esa ciudad redentora para otorgarle al poeta el reflejo de su propio Ser y un medio de trascender su propia mortalidad.

Bibliografía

Borges, Jorge Luis. *Obras Completas, 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé, 1974.

---. *Obra Poética, 1923-1977*. Buenos Aires: Emecé, 1977.

---. *La cifra*. Tercera edición. Madrid: Alianza Editorial, 1986.

Sucre, Guillermo. *Borges, el poeta*. México D.F.: UNAM, 1967.

⁵ Véase “Buenos Aires” en *La cifra*, 38.